

Edward Wilson-Lee

Memorial  
de los libros naufragados

Hernando Colón y la búsqueda  
de una biblioteca universal

Traducción de María Dolores Ábalos

*Ariel*

## Índice

<i>Mapas</i> .....	10
<i>Prólogo: Sevilla, 12 de julio de 1539</i> .....	15

### PARTE I EL APRENDIZ DE BRUJO

1. El regreso del océano .....	27
2. En la Cámara de limpia sangre .....	47
3. El <i>Libro de las profecías</i> .....	75
4. Ritos de iniciación .....	95
5. Conociendo la noche .....	121

### PARTE II EL LENGUAJE DE LAS IMÁGENES

6. Barcos, lacre y alpargatas .....	139
7. La Ciudad Universal .....	163
8. La arquitectura del orden .....	185
9. Un imperio de diccionarios .....	207

### PARTE III UN ATLAS DEL MUNDO

10. El diablo está en los detalles .....	231
11. Como en casa, en ninguna parte .....	257
12. Resumiendo .....	277
13. Una biblioteca sin barreras .....	295

PARTE IV  
PONIENDO LAS COSAS EN ORDEN

14. Otra Europa... y la misma . . . . .	317
15. El rey de ninguna parte . . . . .	335
16. Últimas disposiciones . . . . .	351
17. Epílogo: Ideas sobre la estantería . . . . .	367
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	375
<i>Una nota sobre la Historia del almirante don Cristóbal Colón</i> . .	379
<i>Notas</i> . . . . .	383
<i>Créditos de las imágenes.</i> . . . . .	415
<i>Índice alfabético</i> . . . . .	419

## Prólogo

Sevilla, 12 de julio de 1539

Por la mañana del día en que iba a producirse su fallecimiento, Hernando Colón pidió que le acercaran a la cama un tazón de lodo. A sus criados les dijo que se sentía demasiado débil como para levantar los brazos y les dio instrucciones para que le restregaran el cieno por la cara. Aunque muchos de ellos llevaban con él, como mínimo, una década y eran profundamente leales, en esta ocasión desobedecieron sus órdenes por considerar que no estaba en su sano juicio. Hernando hizo acopio de la fuerza necesaria y él mismo cogió el tazón y se embadurnó la cara con el barro del Guadalquivir, el río que serpenteaba por Sevilla y cobijaba su casa en el recodo de un meandro. Mientras se untaba de barro, Hernando dijo algunas palabras en latín que, para quienes lo acompañaban, empezaron a dar sentido a su extraña conducta: «Recuerda que eres polvo —dijo— y en polvo te convertirás». Al otro lado del río, el padre de Hernando —Cristóbal Colón, almirante de la Mar Océana— había sido desenterrado recientemente de la misma tierra, de una fosa en la que llevaba treinta años sepultado. Si hemos de creer las palabras de Hernando (y para muchos aspectos de la vida de Colón sólo contamos con la voz de Hernando), los hombres que abrieron la tumba debieron de sorprenderse al encontrar, junto a los huesos del explorador, un montón de cadenas. Estas cadenas establecían un vínculo con el pasado de Hernando, cuando a los doce años un día apareció su padre, casi siempre ausente, encadenado a ellas, pues regresaba como prisionero de lo que para él era el paraíso: su descubrimiento y el regalo que le hacía a España.<sup>1</sup>

El significado del ajuar funerario del gran descubridor, de estas cadenas que, con arreglo a su deseo, fueron colocadas junto a él en su tumba, fue algo que Hernando no divulgó hasta una época tardía de su vida, cuando decidió escribir la historia de su padre. Pero el lodo con el que se embadurnó la cara en la mañana de su muerte debería haber tenido sentido para cuantos lo rodeaban: era el símbolo de una humildad abyecta, una humildad de la que hacía gala a sabiendas de que podía permitírsele, pues no cabía la menor duda de que había logrado algo extraordinario. Hernando, el hombre que acogía su inminente deceso con los brazos abiertos, había creado un artificio capaz de hacer frente para siempre al embate del tiempo. Murió poco después de ese gesto, a las ocho de la mañana.

Al cabo de una hora dio comienzo el siguiente acto del espectáculo de la extraña muerte de Hernando. Sus allegados se habían reunido en su casa para dar lectura a su testamento, tras haber alcanzado su villa de estilo italianizante por el río, atravesando la puerta de Goles y el jardín de plantas desconocidas. Hernando tenía una memoria extraordinaria, una obsesión con las listas y una escrupulosa conciencia, de modo que su testamento contabilizaba minuciosamente a las personas con las que creía estar en deuda, incluido un arriero al que había estafado casi dos décadas antes. Pero una vez aligerada su conciencia, su testamento continuaba con un ritmo *in crescendo* hasta hacer una declaración poco menos que descabellada para la época. El principal heredero de su fortuna no era una persona, sino una maravillosa creación suya: su biblioteca. Como era la primera vez —de la que se tenga memoria— que alguien en Europa dejaba su riqueza terrenal a un conjunto de libros, el acto en sí debió de ser un tanto desconcertante; pero aún resultó más difícil encontrarle un sentido a la forma de la biblioteca en cuestión. La mayor parte de los libros de Hernando no era como los valiosos manuscritos atesorados por las grandes bibliotecas de la época: consagrados tomos de teología, filosofía y derecho, libros que a menudo estaban destinados a reflejar suntuosamente el gran valor que se había depositado en ellos. En cambio, gran parte de la colección de Hernando constaba de libros escritos por autores que carecían

de fama o reputación, folletos endebles, baladas impresas en una sola página y diseñadas para ser pegadas en las paredes de las tabernas, y otras cosas similares que a la mayoría de sus contemporáneos debieron de parecerles poco menos que basura. A ojos de algunos, el hijo del gran descubridor había dejado un legado que era pura bazofia. Para Hernando, sin embargo, estas cosas no tenían precio porque lo acercaban a su objetivo de crear una biblioteca que lo abarcara todo, con el fin de convertirse en *universal* en un sentido nunca imaginado hasta entonces. Ni siquiera estaba claro dónde empezaba y dónde acababa esta extraña y variadísima colección. Además de todos esos libros escritos, había muchos arcones llenos de estampas —la mayor colección jamás reunida— y más música impresa de la que nunca hasta entonces se había recopilado. Con arreglo a algunos informes, incluso el jardín de fuera había empezado a reunir la vida vegetal de todo el mundo ordenada en sus arriates. Sin embargo, todavía no existía una palabra que definiera un jardín botánico de estas características.<sup>2</sup>

Quienes visitaran la biblioteca debieron de sentirse acogidos por el más extraño de los panoramas. La escala de la colección tuvo que haber sido impresionante, pues era con diferencia la biblioteca privada más grande de la época; sin duda se les debió de nublar la vista ante un número de documentos imposible de abarcar a simple vista. Para mayor desconcierto, lo siguiente que tuvo que llamarles la atención era que las paredes de la biblioteca habían desaparecido. En su lugar, había una hilera sobre otra de libros colocados de pie sobre sus lomos, es decir, de canto, dispuestos de esta nueva manera vertical en cajas de madera especialmente diseñadas para ello. A un observador moderno este tipo de estanterías le resultan tan familiares que le pasan inadvertidas, pero quienes visitaban entonces la biblioteca veían por primera vez estanterías de ese tipo. Éste era sólo uno de los muchos elementos del diseño de la fabulosa biblioteca de Hernando que desafiaban toda explicación, comenzando por la inscripción que había a la entrada, donde se declaraba orgullosamente que el edificio estaba cimentado sobre la mierda. Dentro de la biblioteca se multiplicaban las desconcertantes maravillas: las jaulas sin li-

bros, dentro de las que se suponía que debían sentarse los lectores; los arcones llenos de volúmenes a los que había que dar la vuelta dos o tres veces al año, pero no estaban destinados a la lectura; la librería de títulos inservibles. Luego había un ejército de lectores remunerados, así como un sistema diabólicamente complejo de seguridad y vigilancia. Tal vez lo más misterioso de todo fuera el plano de guía para la biblioteca, que se componía de fragmentos: para ser precisos, eran más de diez mil trozos de papel, cada uno de los cuales llevaba un símbolo jeroglífico diferente. Cada una de las múltiples maneras en que estos trozos se podían ensamblar, sugería un recorrido diferente por la biblioteca.<sup>3</sup>

Algunos elementos del diseño se podían descifrar por pura lógica: la creación de las estanterías de libros, por ejemplo, había sido una cuestión de simple necesidad. Mientras que las colecciones anteriores, con cientos o, como mucho, unos pocos miles de volúmenes, se podían apilar sobre unas mesas o dentro de unos arcones y podían ser fácilmente encontrados por un bibliotecario con buena memoria, una biblioteca de las dimensiones de la de Hernando habría abrumado incluso a la mente humana más capacitada y pronto habrían quedado desbordadas la mayor parte de las salas. Las nuevas estanterías ocupaban muy poco espacio de cada sala y desplazaban el peso de los libros hacia la pared que había tras ellos. Formaban hileras ordenadas, de tal modo que sus números de catalogación podían leerse de izquierda a derecha en una secuencia similar a una línea de texto; guardar los libros de canto también significaba que cada uno de ellos podía ser fácilmente extraído, a diferencia de lo que ocurre con los libros amontonados en horizontal: que cuando se extrae un libro de abajo, pueden caerse los de arriba. Pero aquí podía fallarle la lógica al visitante de la biblioteca. ¿Qué decía en realidad la línea de texto, compuesta por títulos y más títulos consecutivos? ¿Cómo iba a recorrer el visitante de la biblioteca todo ese mundo de libros? Como sabe cualquiera que haya deambulado por una biblioteca, el orden es primordial. Las formas de ordenar los libros se multiplican sin cesar conforme va creciendo la colección, y cada una muestra el universo de una manera ligeramente dife-